

haber inventado semejantes cosas por vanidad ó hipocresía.

Con razón ha dicho San Raimundo de Capua de Santa Catalina de Sena lo siguiente: «Calumniadores envidiosos de su santidad hicieron circular toda suerte de rumores acerca de ella. Pero tranquilízate, caro lector, porque aunque esta Santa no hubiese sufrido otras aficciones que las que sus imprudentes superiores le hicieron padecer, hubieran bastado ya para convertirla en mártir de paciencia. No comprendían ni querían oír hablar de sus dones extraordinarios. Querían obligarla á seguir las vías que todos siguen; no se dignaban honrar la vecindad de Dios, que tan visiblemente deseaba conducirla por senderos milagrosos, del propio modo que los fariseos, los cuales veían los milagros de Dios y decían: «Este hombre no es enviado de Dios, porque hace milagros en sábado». Por causa de esto sufría interminables angustias. ¡Ay Dios mío! Cuántas veces también debió decirse de ella: «Arroja á los demonios por Belcebú», es decir, sus visiones no proceden de Dios sino del diablo, á pesar de que fuesen todos, no sólo testigos de sus milagros, sino que se viesan obligados á confesar que toda su vida no era más que un milagro continuo». (1)

9. Aprobación de los milagros de los santos por las persecuciones de los hombres.—Estas persecuciones por parte de una vecindad envidiosa, estos malos tratos de torpes directores y superiores envidiosos, tratos que son el pan cotidiano de los santos, entrañan, no solamente para la persona de éstos una sólida escuela de virtud y una buena defensa contra toda sospecha de engaño deliberado, sino que también una garantía muy segura de que los mismos hechos milagrosos que se producen en su vida descansan en la verdad.

Dícese siempre de los acontecimientos extraordinarios de la vida de los santos que no han sido suficientemente examinados. Añádese que no es posible dar jamás con la

(1) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 1, 5, 80.

garantía de su autenticidad en medio de una muchedumbre sencilla y crédula que contempla estúpidamente el cielo esperando milagros, que pierde la cabeza ante el menor hecho extraordinario, por causa de insensato entusiasmo, y que en todo piensa menos en examinar las cosas más de cerca. Se dice igualmente que semejantes acontecimientos debieran haber sido minuciosamente examinados por médicos y especialistas, si es que, con todo, se les concede alguna importancia.

Pues bien, este examen no ha faltado jamás en tiempo oportuno. El que conoce la vida de Catalina Emmerich y la historia de las apariciones de Lourdes, sabe lo que, en semejantes casos, la movilización de todos los especialistas y burócratas, sin contar la fuerza armada, es capaz de hacer, sino de profundo y serio, por lo menos en falta de miramientos y en brutalidad. Pero también saben cuán incapaces son todos estos señores, sabios é ignorantes, cuando se trata de juzgar estos casos.

En el examen de milagros, con relación á un proceso de beatificación, la Iglesia consulta siempre á especialistas, á la vez que á teólogos y á filósofos. Ahora bien, hácese esto únicamente para observar la más estricta circunspección, y aun casi podríamos decir, para tener en cuenta los prejuicios del mundo.

Profesamos el mayor respeto al arte médico y á las ciencias físicas y naturales, con tal que no se extralimiten. Pero ¿qué pueden decir en semejantes casos, y cómo fiarnos de las decisiones de sus representantes?

De tal modo están habituados los médicos á ser engañados en las cosas de su profesión, que ni siquiera lo advierten. ¡Quizás poseen más esta especialidad que la de curar!

¿Y qué diremos de las ciencias físicas y naturales? Hablando francamente, que se nos muestre un solo sabio suficientemente modesto para admitir que todavía hay algo por encima de sus retortas y de sus sopletes, y de buen grado entraremos en discusión con él. Pero, dado lo que ordina-

riamente son, sentiríamos perder tan sólo cinco minutos con ellos, cuando de cuestiones milagrosas se trata.

Uno de estos sabios se lisonjea de haber disecado ya centenares de cadáveres, sin haber hallado el alma en ninguno de ellos. ¿No es verdad que, si hubiese hallado una, hubiera ella llevado ciertamente su gentileza hasta esperar su llegada, y recibir de él su hoja de ruta para el cielo?

Pues bien, si un sabio semejante no es ni siquiera capaz de distinguir un hombre muerto de otro vivo, ¿qué papel podrá representar con relación á uno que—como lo exigen siempre de los santos los escépticos y los impíos—se haya metido en la cabeza conquistarse una reputación como hombre, ó aun como mujer extraordinaria?

Que se encierren algunos centenares de estos sabios con una persona histérica en una academia de medicina, y veremos personas que no saben ya que hacer, ó, si son demasiado orgullosos para confesar su impotencia, necios que se dejan fácilmente embaucar.

Y ¿deberíamos dejar depender de esta ciencia nuestro juicio sobre los milagros y los hechos sobrenaturales?

Felizmente, la Iglesia y la sana inteligencia humana exigen un juicio más severo, comisiones más seguras y especialistas más sabios.

Y para esto, la debilidad y la malignidad humanas han tenido buen cuidado de concertarse de tal suerte, que las mayores exigencias relativas á la seguridad de nuestra convicción puedan quedar completamente satisfechas. Los medios empleados en estas investigaciones, son más enérgicos, que aquellos de que disponen nuestros profesores de universidad. Éstos ponen un termómetro bajo el brazo del paciente y le auscultan el corazón. Pero la malignidad de observadores envidiosos le interroga cruelmente en todos sentidos, para ver si no hay nada sospechoso en él.

Comparados con la envidia y la astucia femeninas, todos los microscopios no significan nada; frente á la susceptibilidad sobreexcitada, todos los reactivos químicos son de mediana importancia. La ciencia llega muy pronto al

término de su saber, y declara, encogiéndose de hombros, que se le preguntan cosas fuera de su competencia. Pero, la envidia mortificada comienza precisamente su acción allí donde la ciencia vencida debe rendirse. Ahora bien, cuando ha perdido su aguijón y su ponzoña, seguro puede estar uno de que queda poco de lo cual haya necesidad de dudar.

Cuando leemos en la vida de casi todos los santos la gran fecundidad inventiva y la tenacidad con que los miembros de la comunidad á que pertenecen, los confesores, los superiores, los comisarios, las comisiones, los inquisidores, los testigos secretos, han dado libre curso á su prudencia, á su pavor con relación á los milagros de sus pobres víctimas; cuando vemos cómo ha sido viclado todo derecho natural con relación á estas almas, cómo han sido pisoteados sus sentimientos de honor y delicadeza, cómo han sido privados de los auxilios sobrenaturales que tan necesarios les eran en semejante angustia, de los consuelos de la oración y de la recepción de los sacramentos, y que, á pesar de esto, lo sobrenatural ha acabado por triunfar, ¿no se siente uno tentado á creer que se han rebasado los límites de lo permitido para afirmar su realidad?

10. Garantía de la verdad de lo milagroso dada por el examen de la Iglesia.—Pues bien, no. Todos los escrúpulos no han desaparecido todavía cuando un alma ha pasado por todas estas pruebas.

La astucia del egoísmo y la obstinación de la terquedad son demasiado grandes para desistir de aniquilarlas. Verdad es que siempre acaba uno por reconocerlas en sus frutos. Pero con frecuencia aparecen tarde, y el engaño podría persistir hasta este momento.

De aquí que la Iglesia no se contente todavía con esto. Verdad es que el milagro es una prueba de su divinidad. Pero no es ni la única, ni la mayor. Por eso no lo acepta más que fundado en las pruebas más irrefutables.

En estas materias, ha seguido siempre como línea de conducta para sí y para sus hijos estas palabras que San

Pedro pronunció con relación al milagro de la transfiguración: «Pero tenemos todavía el testimonio más firme que el nuestro, que es el de los profetas, al cual hacéis bien en mirar atentamente, como á una antorcha que luce en un lugar oscuro, hasta tanto que amanezca el día y la estrella de la mañana nazca en vuestros corazones». (1)

La fe no podría engañarnos jamás. En cambio, los milagros, las profecías, las visiones, han inducido á error á muchas personas. La palabra infalible de Dios depositada en la Iglesia, ofrece la mayor garantía posible para la verdad.

Cualquiera que sea la convicción que tenga uno en la creencia de las cosas extraordinarias, jamás alcanzará la certeza de las doctrinas de la fe. Aunque ningún milagro hablase en favor de la verdad de la Iglesia, no le faltarían los más grandes é inquebrantables testimonios. Pero para que un milagro hable en su favor, debe ser comprobado de tal suerte, que posea el más alto grado de certeza que puede alcanzarse en este mundo.

Por esta razón, todos los místicos están de acuerdo en el principio de que la mayor garantía de la verdad de un hecho extraordinario se encuentra siempre en su acuerdo con los principios de la fe y de la vida de la Iglesia. (2)

Por otra parte, todas las investigaciones de esta última se hacen desde este punto de vista. Todas las otras notas de autenticidad no le bastan si no se une á ellas la certeza de que, en los hechos sometidos á su examen, nada puede hallarse contrario al espíritu de la fe, á la obediencia y á la adhesión que se le debe.

Preciso es tener en cuenta esto en las penosas pruebas á que son sometidas las personas privilegiadas de Dios. De lo contrario, fácilmente podría cometerse una falta, formulando un juicio temerario sobre aquellos que expe-

(1) II Petr., I, 19.

(2) Antonin., IV, t. 8, c. 1, § 6. Peraldus, *Summa*, 1, p. 2, tr. 2, c. 1, 4. Schram, § 444, 505, 543, 558. Véase más arriba, V, 2.

rimentan por tanto tiempo y tan duramente á estas almas escogidas.

Ciertamente, no excusamos todo lo que se hace con relación á ellas, y no negamos que á veces sean las pasiones mezquinas las que les preparan las mayores amarguras. Por esto no se aplica á todos los casos. Lo que con frecuencia determinan estas penosas pruebas, es el serio cuidado del honor de Dios, el buen renombre de la Iglesia y la pureza de la virtud.

Confesamos que, aun en este caso, la minuciosidad, la obstinación, los prejuicios y la violencia van á menudo demasiado lejos, y producen exageraciones que, con frecuencia también, son fuentes de tormentos inútiles, y no hacen más que dificultar la prueba de la verdad. Sin embargo, hay que reconocer que son miras elevadas y santas las que, por parte de la Iglesia, hacen con frecuencia estas pruebas más penosas y dolorosas, que las investigaciones de las comisiones laicas y sabias.

Los que poseen el espíritu de la Iglesia, conocen perfectamente las grandes ilusiones que pueden suscitarse sobre este punto.

Ahora bien, la Iglesia no desea estas cosas.

La historia de San Bernardo nos ofrece un ejemplo maravilloso. Los milagros que continuó haciendo, en tanto número después de su muerte como durante su vida, atrajeron tal muchedumbre de personas, que perturbaban la paz del convento y la vida espiritual de los monjes. Entonces su sucesor, el abate Goswín, después de consultar á sus hermanos, se acercó á la tumba del Santo y, en nombre de la santa obediencia, le prohibió hacer más milagros. (1)

Pedro de Limoges, general de la Orden de Grandmont, hizo lo mismo con relación á la tumba de San Esteban de Muret. (2)

Un hecho análogo ocurrió en Lieja en la tumba de San Wolbodon, en la que el clero pidió á Dios que hiciese ce-

(1) *Vita S. Bernardi*, 7, 28 (VI, 1235).

(2) Bolland. 8 Febr. *Commentar. ad vit. S. Staphani*, n.º 23.

sar los milagros, para que no se turbase la calma durante los oficios. ⁽¹⁾

Los servidores de Dios concedían más importancia á la observancia de la regla y á la tranquilidad en el oficio divino, que á la gloria de su casa. Del mismo modo pone la Iglesia el árido cumplimiento del deber y la simple oración por encima de los milagros y de los signos extraordinarios.

No niega los milagros; no los rechaza cuando se presentan, pero no los busca, ni exagera su importancia, sino que quiere que sean examinados seriamente antes de admitirlos.

En cambio, los que se dejan dirigir por ella, pueden estar seguros de que de Dios proviene una cosa, cuando, después de haberla examinado según los principios infalibles de la fe, la declara de conformidad con ellos.

Lo que debe tranquilizar doblemente sobre este punto á todo amigo de la verdad, es ver que allí donde reina el espíritu de la Iglesia, una virtud sólida tiene más valor que el milagro, y que antes busca á Dios que á sus más extraordinarios dones. ⁽²⁾

(1) *Vita S. Wolbodonis*, 3, 21, 25 (Boll. Apr. II, 859 y sig., Paris).

(2) Con pesar nuestro notamos en la moderna manera de tratar la vida de los santos el renacimiento de aquella impotente envidia y de aquel pesimismo ávido de duda, el cual ha obtenido en Saunoi, en Hermant y Baillet un triunfo tan vergonzoso. No bastaba que todas las relaciones de milagros y hechos extraordinarios y virtudes fuesen desechados á primera vista como tontas habladurías; no bastaba que tales acontecimientos fuesen considerados como imposibles, sino que se llega hasta rebajar las cualidades naturales de los santos, considerándolas como cosas ordinarias, como enfermedades, como pertenecientes al dominio de la locura. Para esto debe servir de molde la supuesta psicología moderna. Ciertamente que en esta materia conviene una severa crítica, así de lo natural como de lo sobrenatural, y nadie puede ser más severo en esto que la Iglesia. Además, cierto es que la ciencia que acabamos de nombrar ofrece no obstante sus muchas debilidades, muchos medios para la prueba. Esto enseñan las obras meritorias de Bonniot (*Le miracle et ses contrafaçons*) y de Pacheu (*Introduction á la psychologie des mystiques*), y en la muy notable de H. Joly (*Psychologie des saints*). ¡Ojalá que a) la intención proviniese, no de negar, sino de probar lo sobrenatural! b) que se comprendiese la *Psicología*, es decir, la llave interior subjetiva para la explicación de lo natural y de lo sobrenatural, no en el sentido de la moderna *psychologie morbide*, sino de conformidad con la vieja y probada ascética y mística, con la sana tendencia hacia la más alta perfección; y

Motivo de gran confianza es para nosotros que Gregorio el Grande, un papa, es decir, un hombre en cuyas manos descansa la última decisión sobre estas materias, diga estas graves palabras: «Para mí, la práctica de la paciencia vale más que todos los milagros». ⁽¹⁾

Consoladoras son también estas palabras de una santa tal como Angela de Foligno: «Hacer milagros no es necesario; lo indispensable es que busquemos á Dios, y que Dios venga á nuestro corazón. Toda contemplación que no conduzca á un mayor conocimiento, á un mayor amor de Dios y á un arrepentimiento sincero, no es nada. De lo que tenemos necesidad es de conocer y amar al Divino Crucificado, de practicar la caridad por causa de Él, de cooperar á la gracia con la oración y la imitación de la vida del Salvador. No son, propiamente hablando, los milagros los que conducen á Dios, sino el camino de la cruz. El conocimiento de Dios y de sí mismo conduce á la perfección, y reconocemos si uno está en gracia con Dios, cuando no se enorgullece á causa de la gracia dada por Él». ⁽²⁾

c) que se admita que la garantía de la legitimidad del espíritu en los santos consiste más en la prueba objetiva, que Dios dispone ó permite, que en la crítica tal como la hace una ciencia moderna, sin experiencia en los caminos de la vida interior y espiritual.

(1) Gregor. Magn., *Dialog.*, 1, 2.

(2) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 13, 155, 156, 157, 160, 162, 163, 164; 3, 51.